Comencemos con una invocación al Espíritu Santo, para que entre en mi mente y en mi corazón y guíe mis palabras, que penetrando en nuestros oídos, por la misma fuerza del Espíritu, se sirva de ellos y que todo lo que se diga sea para mayor Gloria de Dios. Y tú, María, dulce Madre, no te alejes, tu vista de mí no apartes, ven conmigo a todas partes y nunca solo me dejes, y ya que me proteges tanto como verdadera Madre, haz que me bendiga el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

La Cuaresma es un nuevo comienzo, un camino que nos lleva a un destino seguro: la Pascua de Resurrección, la victoria de Cristo sobre la muerte. Y en este tiempo recibimos siempre una fuerte llamada a la conversión: el cristiano está llamado a volver a Dios «*de todo corazón*», a no contentarse con una vida mediocre, sino a crecer en la amistad con el Señor. Jesús es el amigo fiel que nunca nos abandona, porque incluso cuando pecamos espera pacientemente que volvamos a él y, con esa espera, manifiesta su voluntad de perdonar.

Hemos entrado en el tiempo de Cuaresma. Es un tiempo propicio para intensificar la vida del espíritu a través de los medios santos que la Iglesia nos ofrece. Es **TIEMPO DE PENITENCIA, DE PURIFICACIÓN, DE CONVERSIÓN**. No es tarea fácil. El cristianismo NO ES CAMINO CÓMODO: no basta estar en la Iglesia y dejar que pasen los años. En la vida nuestra, en la vida de los cristianos, la conversión primera —ese momento único, que cada uno recuerda, en el que se advierte claramente todo lo que el Señor nos pide— es importante; pero más importantes aún, y más difíciles, son las sucesivas conversiones. Y para facilitar la labor de la gracia divina con estas conversiones sucesivas, hace falta mantener el alma joven, invocar al Señor, saber oír, haber descubierto lo que va mal, pedir perdón.

En Cuaresma **RENOVAMOS LA FE, LA ESPERANZA, LA CARIDAD**. Esta es la fuente del espíritu de penitencia, del deseo de purificación. La Cuaresma no es sólo una ocasión para intensificar nuestras prácticas externas de mortificación: si pensásemos que es sólo eso, se nos escaparía su hondo sentido en la vida cristiana, porque esos actos externos son fruto de la fe, de la esperanza y del amor.

Pero **vivir con Dios es indudablemente correr un riesgo**, porque el Señor no se contenta compartiendo: lo quiere todo. Y acercarse un poco más a Él quiere decir estar dispuesto a una nueva conversión, a una nueva rectificación, a escuchar más atentamente sus inspiraciones, los santos deseos que hace brotar en nuestra alma, y a ponerlos por obra.

La Cuaresma ahora nos pone delante de estas preguntas fundamentales: ¿avanzo en mi fidelidad a Cristo?, ¿en deseos de santidad?, ¿en generosidad apostólica en mi vida diaria, en mi trabajo ordinario entre mis compañeros de profesión?

LA CONVERSIÓN ES COSA DE UN INSTANTE; LA SANTIFICACIÓN ES TAREA PARA TODA LA VIDA. La semilla divina de la caridad, que Dios ha puesto en nuestras almas, aspira a crecer, a manifestarse en obras, a dar frutos que respondan en cada momento a lo que es agradable al Señor. Es indispensable por eso estar dispuestos a recomenzar, a reencontrar —en las nuevas situaciones de nuestra vida— la luz, el impulso de la primera conversión. Y esta es la razón por la que hemos de prepararnos con un examen hondo, pidiendo ayuda al Señor, para que podamos conocerle mejor y nos conozcamos mejor a nosotros mismos. No hay otro camino, si hemos de convertirnos de nuevo.

No podemos considerar esta Cuaresma como una época más, repetición cíclica del tiempo litúrgico. Este momento es único; es una ayuda divina que hay que acoger. Jesús pasa a nuestro lado y espera de nosotros —hoy, ahora— una gran mudanza.

La llamada del buen Pastor llega hasta nosotros, te he llamado a ti, por tu nombre. Hay que contestar —amor con amor se paga— diciendo: me has llamado y aquí estoy. Estoy decidido a que no pase este tiempo de Cuaresma como pasa el agua sobre las piedras, sin dejar rastro. Me dejaré empapar, transformar; me convertiré, me dirigiré de nuevo al Señor, queriéndole como Él desea ser querido.

EN ESTA CUARESMA, ENRIQUECIDA POR LA GRACIA DEL AÑO JUBILAR, nos podemos plantear algunas reflexiones sobre lo que significa caminar juntos en la esperanza y descubrir las llamadas a la conversión que la misericordia de Dios nos dirige a todos, de manera personal y comunitaria.

1.- Antes que nada, caminar. El lema del Jubileo, "Peregrinos de esperanza", evoca el largo viaje del pueblo de Israel hacia la tierra prometida, narrado en el libro del Éxodo; el difícil camino desde la esclavitud a la libertad, querido y guiado por el Señor, que ama a su pueblo y siempre le permanece fiel.

2.- En segundo lugar, este viaje hemos de hacerlo juntos. **LA VOCACIÓN DE LA IGLESIA ES CAMINAR JUNTOS, SER SINODALES**. Los cristianos están llamados a hacer camino juntos, nunca como viajeros solitarios. El Espíritu Santo nos impulsa a salir de nosotros mismos para ir hacia Dios y hacia los hermanos, y nunca a encerrarnos en nosotros mismos. Caminar juntos significa ser artesanos de unidad, partiendo de la dignidad común de hijos de Dios. Dios nos pide que comprobemos si en nuestra vida, en nuestras familias, en los lugares donde trabajamos, en las comunidades parroquiales o religiosas, somos capaces de caminar con los demás, de escuchar, de vencer la tentación de encerrarnos en nuestra autorreferencialidad, ocupándonos solamente de nuestras necesidades.

3.- En tercer lugar, **RECORRAMOS ESTE CAMINO JUNTOS EN LA ESPERANZA DE UNA PROMESA**. La esperanza que no defrauda (cf. Rm 5,5), mensaje central del Jubileo, sea para nosotros el horizonte del camino cuaresmal hacia la victoria pascual. Como nos enseñó el Papa Benedicto XVI en la Encíclica Spe salvi, «**el ser humano necesita un amor incondicionado. Necesita esa certeza que le hace decir: "Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro"** (Rm 8,38-39)». Jesús, nuestro amor y nuestra esperanza, ha resucitado, y vive y reina glorioso. La muerte ha sido transformada en victoria y en esto radica la fe y la esperanza de los cristianos, en la resurrección de Cristo.

Debemos preguntarnos: ¿poseo la convicción de que Dios perdona mis pecados, o me comporto como si pudiera salvarme solo? ¿Anhelo la salvación e invoco la ayuda de Dios para recibirla? ¿Vivo concretamente la esperanza que me ayuda a leer los acontecimientos de la historia y me impulsa al compromiso por la justicia, la fraternidad y el cuidado de la casa común, actuando de manera que nadie quede atrás?

Gracias al amor de Dios en Jesucristo estamos protegidos por la esperanza que no defrauda (cf. Rm 5,5). **La esperanza es "el ancla del alma", segura y firme**. En ella la Iglesia suplica para que «todos se salven» (1 Tm 2,4) y espera estar un día en la gloria del cielo unida a Cristo, su esposo. Así se expresaba santa Teresa de Jesús: «Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo»

Nuestro Catecismo en el número 1439, nos enseña que el proceso de la conversión y de la penitencia fue descrito maravillosamente por Jesús en la parábola llamada "del hijo pródigo", cuyo centro es "el Padre misericordioso" (Lc 15,11-24): la **fascinación** de una libertad ilusoria, el **abandono** de la casa paterna; la **miseria** extrema en que el hijo se encuentra tras haber dilapidado su fortuna; la **humillación profunda** de verse obligado a apacentar cerdos, y peor aún, la de desear alimentarse de las algarrobas que comían los cerdos; la **reflexión** sobre los bienes perdidos; **el arrepentimiento y la decisión de declararse culpable** ante su padre, el camino del retorno; la **acogida generosa** del padre; la **alegría** del padre: todos estos son rasgos propios del proceso de conversión. El mejor vestido, el anillo y el banquete de fiesta son símbolos de esta vida nueva, pura, digna, llena de alegría que es la vida del hombre que vuelve a Dios y al seno de su familia, que es la Iglesia. Sólo el corazón de Cristo que conoce las profundidades del amor de su Padre, pudo revelarnos el abismo de su misericordia de una manera tan llena de simplicidad y de belleza.

LAS CINCO ARMAS QUE NOS DA LA VIRGEN MARÍA PARA LA CUARESMA (Y PARA EL RESTO DEL AÑO):

1.- La oración con el corazón.

Con toda tu alma (Potencias): empleando toda tu memoria, entendimiento y voluntad.

Con todo tu cuerpo: con los cinco sentidos.

Y con el rezo del Vía Crucis, podemos aprovechar este tiempo para meditar la Pasión del Señor desde que es condenado a muerte, hasta que es bajado del sepulcro.

Y rezar el Rosario, que es la oración predilecta de la Virgen María. De su mano, contemplamos distintos pasajes de la vida de Jesús.

2.- La Eucaristía.

Misa frecuente

Adoración, como una prolongación de la Misa.

En Sevilla tenemos la suerte de contar con la Adoración Eucarística Perpetua en la Capilla de San Onofre (nuestra Hermandad del Rocío de Triana tiene un turno de Adoración los viernes a las 16 hs).

3.- La Biblia.

Palabra viva de Dios y como tal hemos de adorarla.

4.- El ayuno.

En sentido positivo, para someter las pasiones de nuestro cuerpo y abrir nuestra mente y nuestro corazón plenamente a Dios.

5.- La confesión.

Previo a todo lo anterior (y unido a ello)

Pero la confesión como cambio de vida.

Y fruto de todo ello entablaremos una relación íntima con Dios, muy íntima, nada nos separará de su Amor.

Y, como estamos delante del Señor, aquí presente, reservado en el Sagrario, os propongo para esta Cuaresma un ejercicio de meditación, de introspección. Respirar profundo, situar las manos sobre vuestras rodillas y cerrar los ojos, guardad silencio …. Recuerda que estás delante del Señor, Él te mira y tú lo escuchas, y Su Espíritu, al que invocamos en un principio, sigue aquí con nosotros, guía nuestras palabras y abre nuestros oídos

Quédate en silencio

Y siente lo grande que es Dios

Nada te turbe

Nada te espante

Quien a Dios tiene nada le falta

Sólo Dios basta.

Hay demasiados ruidos en ti …

Escucha en lo profundo de tu ser

Hay demasiadas preocupaciones en tu mente

Y demasiado peso en tu corazón

Escucha en lo profundo de tu ser …

Quédate a solas

Y escucha en lo profundo de tu ser

El señor está en ti, aquí

Y te llama, te ama y te espera

Escúchale en lo más profundo de tu ser

Quédate en silencio delante del Señor

Olvida tus ideas, tus palabras,

Olvida tus recuerdos, tus deseos,

tus peticiones, tus proyectos,

sólo entiéndele y escúchale

Sin que el ruido de tus voces interiores te distraigan

Quédate en paz ante Él

Abandona en Él

Toda angustia, toda turbación,

Todo temor, toda preocupación…

Olvídalo todo

Quédate sin ataduras

Libre de tus deseos

Pobre como la madera muerta en invierno

Vacío de todo cuanto no sea Él.

Quédate sólo sin nada en el pensamiento

Que ninguna criatura se interponga entre Dios y tú

Quédate sin quejas, sin estorbos, sin apegos

Sin huéspedes extraños

Sin nada que no sea Él

Quédate ahí

Sin escuchar más que a Dios

Él susurra a tu oído

Y Su Espíritu te habla.

Sí, a ti, a mí, sin buscar consuelos humanos

Pagadito a él

Desapareciendo tú

Para que Cristo sea más en nuestras vidas ….

Quédate sin tristezas,

Sin resentimiento,

Sin orgullo,

Sin falsas imágenes de ti mismo.

Quédate a la escucha de su Palabra

Hazte Palabra y Voluntad suya

Quédate sin poderes, sin privilegios,

Sin honores, sin perjuicios, sin ídolos

Y sólo deja a Dios ser el Gran Yo Soy

Quédate en adoración tan profunda

Que nada altere esa atención

Que ni penas ni goces

Quebranten ese total abandono en Él …

Quédate en silencio delante de Dios

Desaparece tú

Y que sólo Él sea en ti

Quédate en Silencio delante del Señor

Quédate en silencio

Quédate

Quédate en silencio

Delante del Señor.

…… Y MARÍA

María es para el alma como el oratorio del corazón, para hacer en él todas las oraciones a Dios (San Luis María Grignion de Montfort).

Y debemos recurrir continuamente a la oración para que Dios te regale el don de orar siempre, sin desfallecer, y orar con el corazón.

Señor, hoy Te abro mi corazón y me coloco delante de Ti con mis miserias, con mis egoísmos. Precisamente, por mis egoísmos es que no vivo la virtud como debo. Y es por eso mismo que el pecado me domina. Hoy, sin embargo, renuncio a esas distracciones y Te abro una vez más la puerta de mi corazón: ¡ven Señor y entra a mi corazón! Derriba la puerta de mi egoísmo, de mis apegos. Quiero iniciar en esta cuaresma el camino nuevo de la oración. Hoy Tu Madre, una vez más, me pide que ore y que renuncie al pecado para ser verdaderamente feliz. Me ha dicho una vez más, que la oración es lo que me hace realmente feliz. Quiero, como Ella dice: Orar, orar y orar, hasta que la oración se transforme en alegría en mí. Dame las fuerzas y la gracia para remover los obstáculos que impiden esta decisión. ¡Ayúdame! Ven Espíritu Santo, ven por María e inunda mi ser, Tu eres el Maestro por excelencia de la Oración, ven, ven, ven….

Que María, nuestra Señora del Rocío, la Madre del Amor Hermoso, la Reina de la Paz, nos guíe en este itinerario cuaresmal, camino de auténtica conversión al amor de Cristo.

Luis Miguel Onieva Giménez,
Sevilla, 5 de marzo de 2025
Miércoles de ceniza